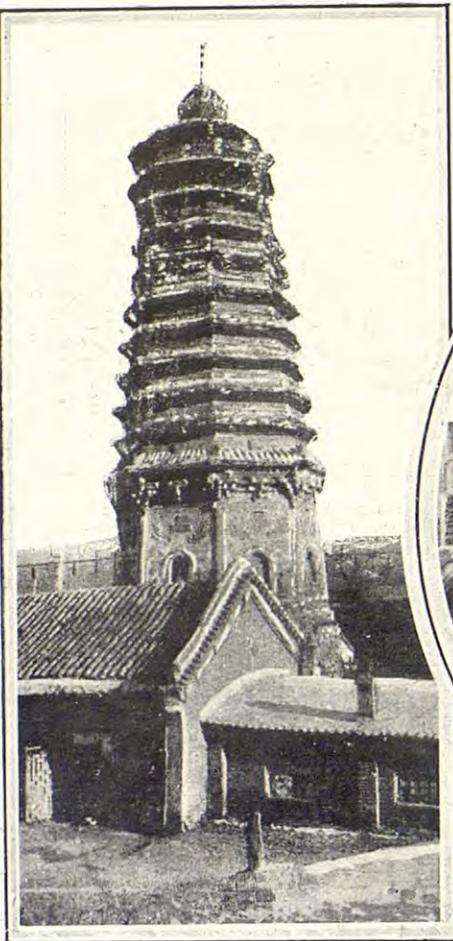
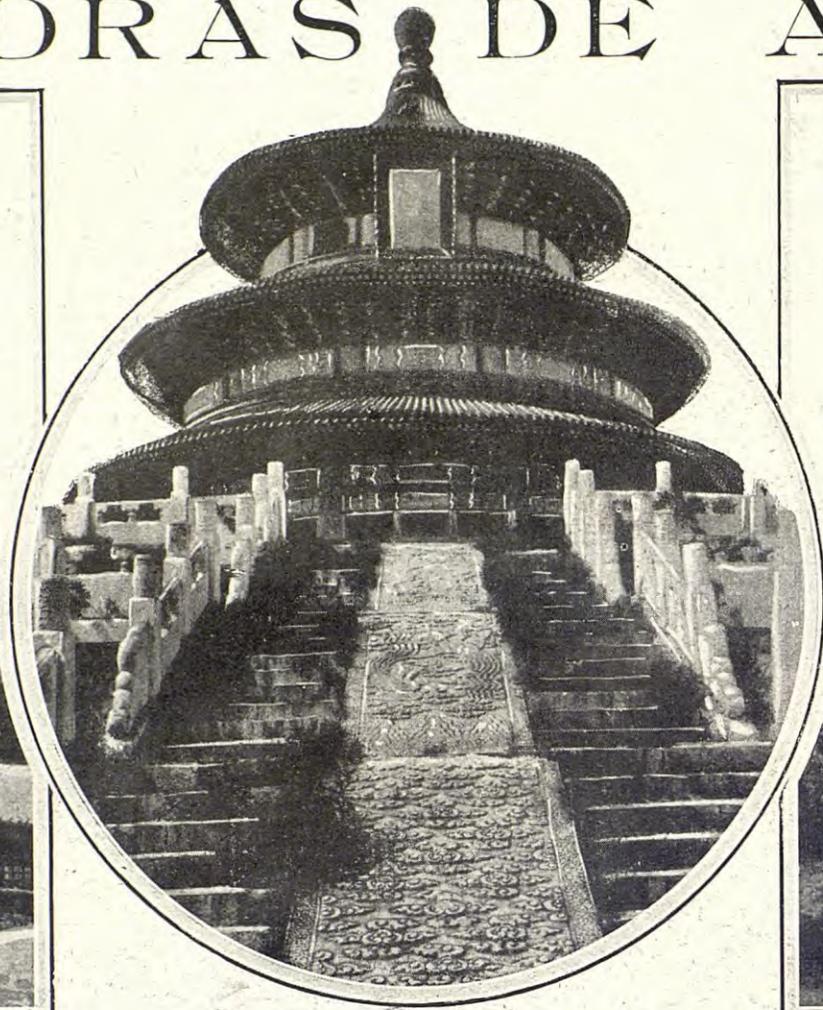


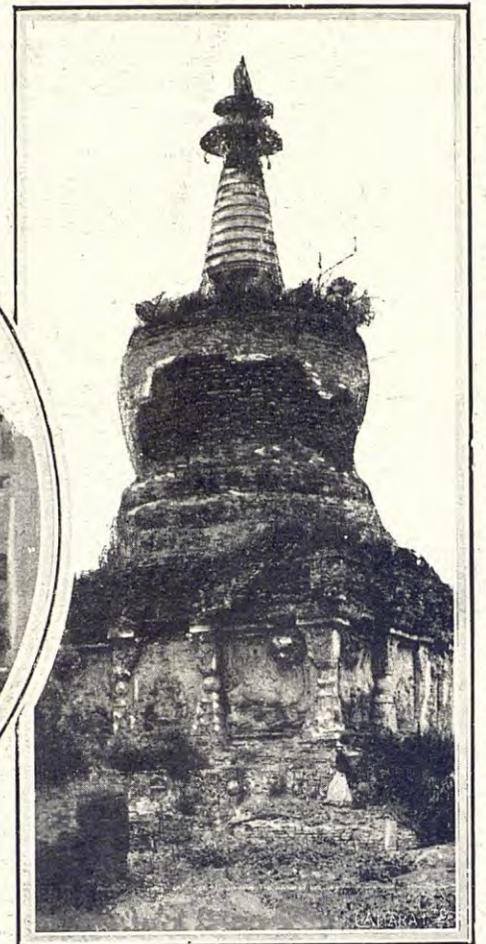
# PIEDRAS DE ASIA



"Torre de la Llama", en Mukden, de más de dos mil años de antigüedad, bien conservada y utilizándose diariamente. Edificada durante la primera dinastía Mandeluc



Templo de Pekín, construído en mármol, con incrustaciones de maderas de colores. Los techos de este antiquísimo edificio, viejo de muchos siglos, presentan hoy un aspecto más brillante que el día en que se construyeron



Otra torre de la "Llama", en Mukden, cuya base data de varios siglos de antigüedad. Constituye una de las más interesantes muestras de la arquitectura china

FRONTE á las pirámides y á las ruinas de los templos egipcios, pueden calcular los arqueólogos los años que han transcurrido desde que aquellas piedras se alzaron triunfadoras; todavía en las soledades desoladas donde se esparcen los restos casi pulverizados de las ciudades legendarias, de cuyas grandezas salvó memoria la tradición uniéndolas á la Mitología y á las Sagradas Escrituras, pueden los eruditos calcular fechas aproximadas de su existencia. Así, de Babilonia y Ninive llegamos á tener noticias que, si no son ciertas, son verídicas. Pero de estas piedras que vamos encontrando en Asia, no ya en ruinas, sino en monumentos que parecen haber hecho pacto con la eternidad, ¿quién podrá señalar la fecha exacta en que fueron construídos?

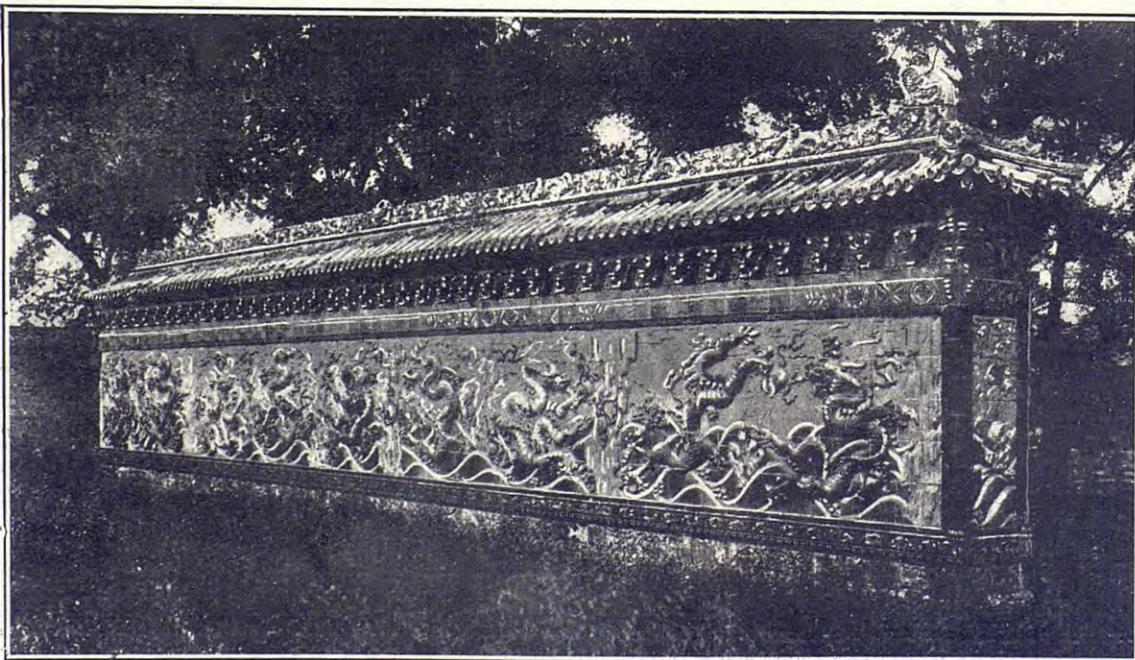
Si buscáis su origen en la tradición china, os encontraréis con que, según cálculos de historiadores que parecen muy autorizados, hay una fecha en la Cronología china que sirve de punto de partida: la de la fundación de la Monarquía por Fo-Hi. Corresponde esa fecha á una remotísima de la civilización occidental: á la del 3468 años antes de Jesucristo. Pero todavía la civilización china se remonta mucho más atrás, á la friolera de 30.000 y pico de años anteriores al reinado de Fo-Hi. No parece absurda esa cronología si se advierte que, contra la

tradicón hebrea que acumula los primeros sucesos que recuerda la Humanidad, existe en Occidente la Cronología Samaritana, llamada la versión de los Setenta, que colocan al diluvio mucho más atrás del cálculo hebreo.

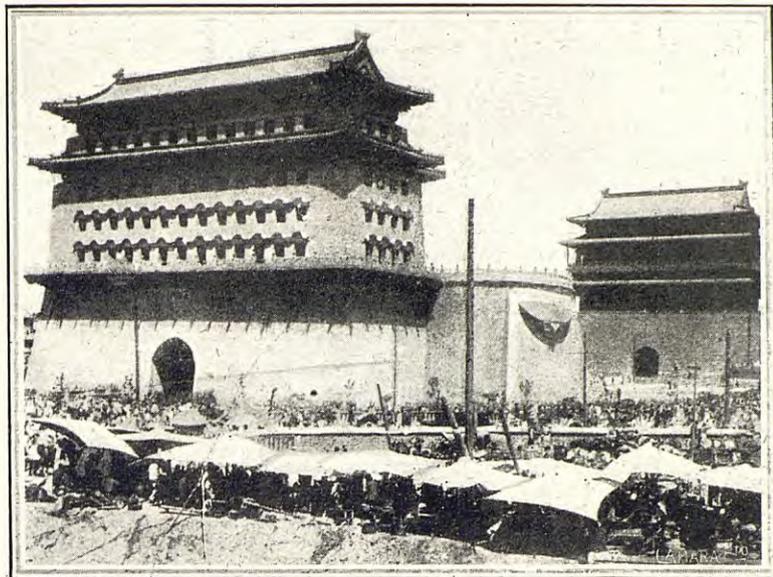
Para darse idea de esta vetustez basta considerar que Confucio aparece en China, cuando ya decaía una muy antigua civilización y... Confucio es coetáneo de Pitágoras. Sólo en estas organizaciones remotas se concibe que se puedan emprender obras como la muralla de 1.700 kilómetros con que el inmenso Imperio se aisló del resto del mundo desde sabe Dios qué fecha. Sin llegar á la grandeza de la muralla, es inconcebible también que hoy pudiera construirse un mo-

numento como las tumbas de la dinastía de los Ming. ¡Bien duermen aquellos emperadores! La colosal tortuga de mármol que guarda la Puerta Roja; la vía de las estatuas con sus colosales parejas de mandarines y guerreros, de elefantes y de camellos, de leones y de caballos; la serie de puentes y de arcos; las cuatro columnas donde se enroscan furiosos los dragones; las puertas, las escaleras, las terrazas, las balaustradas innumerables, cuanto se reconoce antes de llegar á las trece tumbas, han necesitado el trabajo de millares de hombres, que apenas costara más dinero que el de los míseros granos de arroz que los sustentaran.

Tampoco hubiesen podido hacerse estas obras admirables si China no poseyera los más bellos mármoles que puede imaginar la fantasía. Allí, el mármol no sólo tiene colores y dibujos, sino que llega á poseer sonoridades. Casi todos los dioses de las pagodas están esculpidos en un mármol negro, casi translúcido y que vibra argentinamente, como la plata y el cristal. Allí se multiplican en infinitas variedades el lapislázuli, el jaspé, el cristal de roca, el jade, el imán, el granito, el pórfido y el espató diamantino, y allí se encuentran en abundancia asombrosa los componentes de la admirable porcelana; el feldespato laminar blanquizco, el feldespato argili-



Muralia del Dragón, de la ciudad y construída hace varias centurias, pero en la que persisten sus maravillosos colores. Está custodiada por los espíritus malignos



Gran Puerta del Agua, en Pekín, por la cual entraron las tropas norteamericanas, cuando la insurrección boxer. Es uno de los monumentos más característicos de la ciudad imperial

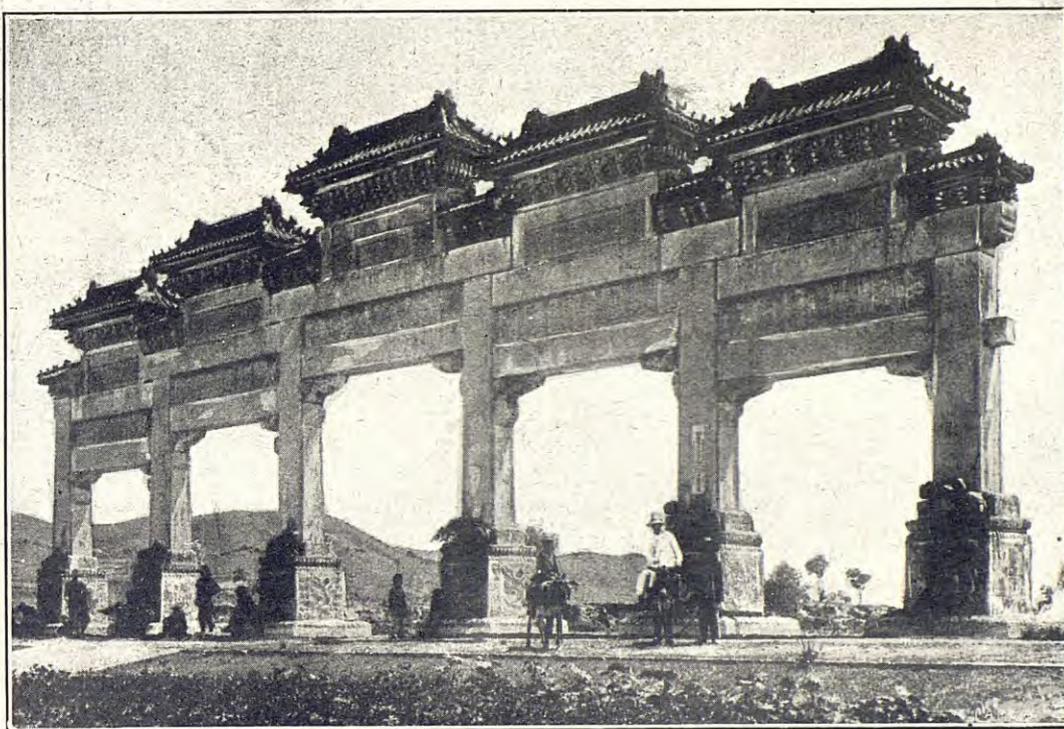


Exterior del pilón ornamental de la Puerta del Agua, en donde se puede observar el constante tráfico. Los alambres de la luz eléctrica y del teléfono forman un contraste curioso con la antigüedad de las inscripciones

forme y el barita sulfatado.

Con estos elementos; con una mano de obra que continúa siendo la más barata del mundo; con un régimen político en el que todavía no hay propiedad privada frente al capricho del poder público, y con el refinamiento pacientísimo de un arte original a través de infinitas generaciones, se concibe cómo Asia ha podido labrar estas piedras veneradas, de tal solidez que los siglos pasan sobre ellas sin destruirlas.

Claro es que China, a pesar de las invasiones y de las guerras civiles, apenas ha padecido los daños de las contiendas bélicas, como los países de su Occidente. Muchos de estos monumentos que encontramos en Pekín, en Mukden, en Nankín y otras ciudades, son mucho más antiguos

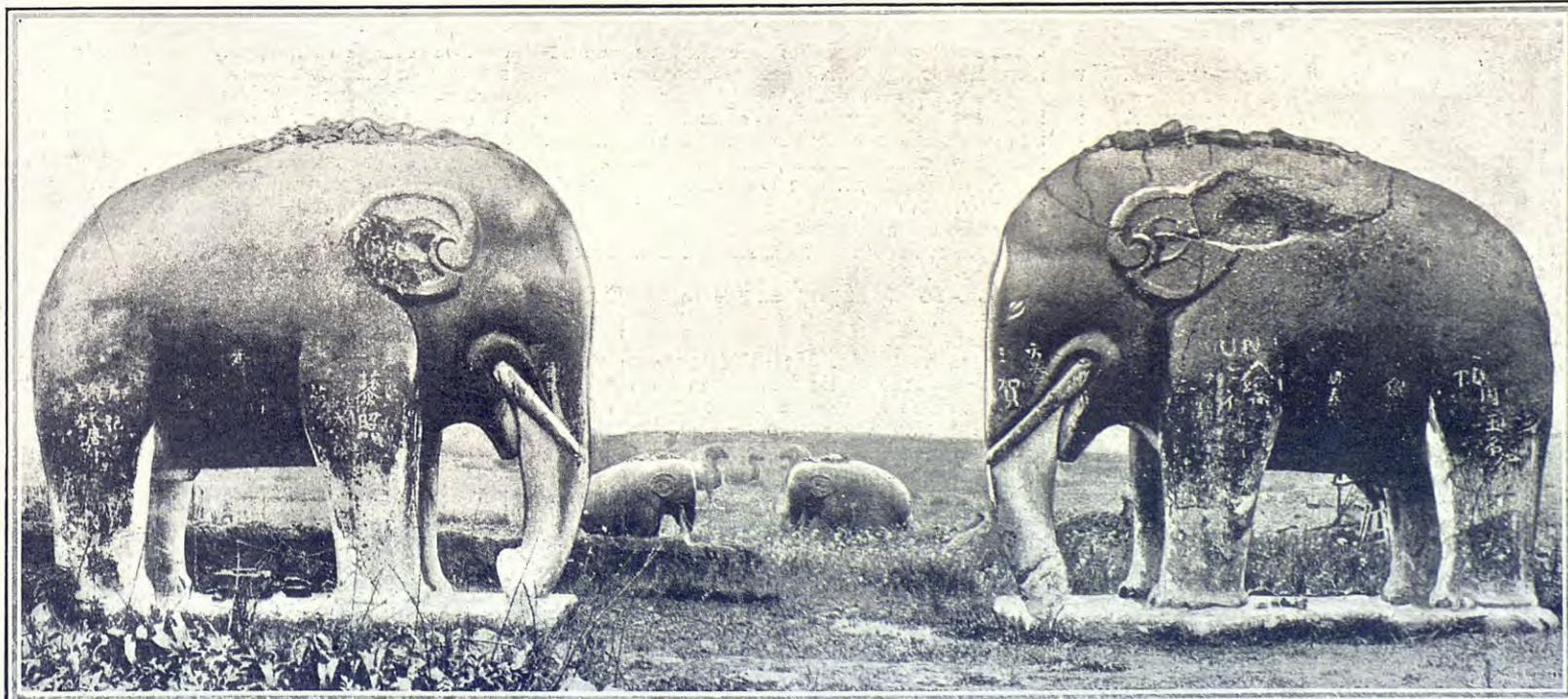


Puerta de acceso al cementerio imperial. Los mármoles de mayor belleza han rivalizado en su construcción, a semejanza de la torre de Pisa, en Italia. Cada una de las columnas está primorosamente tallada con bajo-relevos

que el templo de Salomón, que el Coloso de Rodas, que la Acrópolis de Atenas, y se conservan intactos como si acabara de alzarlos la mano del hombre.

Tienen estos monumentos, en su perennidad, algo de simbólicos; hasta hace pocos años, parecía que al pie de las grandes obras de las civilizaciones pasadas, la raza china se degradaba y envilecía; pero bien pronto se ha iniciado una restauración de las ambiciones de un pueblo que parecía dormido. Espoleado por las mismas codicias europeas, sirviendo a los complicados proyectos de naciones como los Estados Unidos, China despierta, China renace. Como las piedras que alzó su Arte, esta raza parece haber hecho pacto con la eternidad.

AMADEO DE CASTRO



Via que conduce a las tumbas de la dinastía de los Ming, y las que son muy visitadas, por creer que son milagrosas